

CAPITULO I.

PRIMEROS MONUMENTOS ESCRITOS DE LA POESÍA CASTELLANA.

Consideraciones generales sobre la índole y carácter de la primitiva poesía vulgar ¹.—Sus condiciones de existencia.—Sus relaciones con las creencias, los sentimientos y las costumbres del pueblo castellano.—Primeros monumentos escritos.—Poemas religiosos.—El *libro de los Reyes d' Orient*.—Su examen.—El poema de los *Reyes Magos*.—Forma especial de esta obra.—Si puede ser considerada como una representación litúrgica.—La *Vida de Madona Santa Maria Egipciaca*.—Análisis filosófico y literario de esta obra.—Importancia y representación de la poesía vulgar religiosa durante el siglo XII.—Su manifestación heroica.—Noticia de algunos poemas históricos anteriores á los del Cid.

Trazado el cuadro histórico de la literatura hispano-latina, desde el momento en que alienta el ingenio español hasta el en que empiezan á ser escritas las hablas vulgares, y apreciados convenientemente los distintos elementos que se congregan para dar

¹ Parécenos conveniente advertir desde luego á nuestros lectores que las principales ideas aquí indicadas, respecto de la índole y carácter del primitivo arte español, fueron ya expuestas en la *Oracion* que sobre el estado de la crítica literaria en España, durante el siglo XIX, pronunciamos ante el Claustro de la Universidad Central, al inaugurarse solemnemente el curso académico de 1850 á 1851. La benevolencia, con que fué la expresada *Oracion* acogida, agotándose en contados días dos ediciones, nos mueve á creer que el presente estudio, ya realizado cuando pronunciamos el indicado dis-

:

vida á la nueva civilizaci6n, que reconoce por centro el suelo castellano,—t6canos ya entrar en el verdadero campo de la literatura que tiene por instrumento las referidas hablas; campo donde á la luz de la filosofa nos proponemos descubrir las huellas de cada uno de los elementos designados, quilatando maduramente su influencia en el desarrollo de nuestra cultura.

Estriba la primera dificultad de este importante estudio en fijar de una manera inequívoca la idea del arte que hemos visto nacer con la libertad y la independencia de nuestros mayores. Pero tarea tan nueva, como difícil, no sólo nos abrirá la senda que hemos de seguir en nuestras investigaciones; no sólo justificará el respeto que profesamos á los primeros monumentos escritos de nuestra poesia, sino que nos dará por resultado el conocimiento exacto de la relacion más ó menos íntima y de la afinidad que existe entre la idea y la forma de los mismos, revelando así la verdadera expresion de aquel arte, á que con poca razon y menos juicio se ha dado desdeñosa é irreflexivamente el nombre de *bárbaro*.

No presenta este arte, como el clásico, la unidad, la armonia perfecta de la idea y de su manifestacion exterior, ni en él se revela el espíritu con un carácter particular y finito. Apoyándose en el gran principio religioso, alma de la sociedad cristiana, que alienta y vivifica el entusiasmo patriótico, se eleva sobre la esfera del mundo visible, reflejando la idea de lo absoluto y de lo infinito, y desdeñando la naturaleza exterior para inspirarse en las dos grandes fuentes que constituyen la creencia.—*Dios* y la *patria*: hé aqui el doble dogma del arte castellano; dogma sobre el cual se fundan la religion, la moral y la política, base indestructible de las costumbres y copioso venero de altos y sublimes sentimientos. El pueblo castellano despierta de su primera infancia al grito de guerra: la patria gime bajo el yugo del enemigo de Dios: el sentimiento religioso y el sentimiento patriótico surgen pues para defensa mútua, produciendo la victoria. El triunfo trae la admiracion, y la admiracion engendra al arte. Su nacimiento es espon-

curso, no es indigno del lugar que le habiamos dado en la *Historia crítica de la literatura española*.

táneo: evocado á la voz poderosa de la libertad é inspirado por la fé, estriba naturalmente en las costumbres, cuya representacion genuina ha de reflejar en cada creacion, en cada pensamiento.

Rudo, vago y tal vez caprichoso en la forma exterior, admira y sojuzga con la fuerza de luz que de su fondo se desprende, sin que sea posible someterlo á leyes comunes, ni comparar por tanto sus producciones con las de ningun otro arte, desarrollado bajo distintas condiciones de vida. Cándido, como la sonrisa de la infancia; sencillo, como los sentimientos que le animan; arte en fin primitivo, carácter que por una série de prodigiosos acontecimientos habia llegado á tomar tambien el pueblo cristiano, muestra á menudo la severidad y energia de aquel mismo pueblo, que levantaba sobre sus hombros el combatido trono de Astúrias, de Leon y de Castilla. Aquel arte tan ardiente y vigoroso, como las creencias, no ostentando más galas que la verdad del sentimiento, ni más encantos que la fuerza invencible de la pasion, si no encontraba desde luego la forma más bella, poseia quizá la más conveniente y adecuada á la idea que le habia engendrado, adquiriendo así sus *formas particulares* y llenando por tanto las más principales condiciones de una existencia independiente ¹.

Habia roto pues, como natural consecuencia de su nueva vida, con todas las tradiciones esenciales del arte clásico, cuyas desfiguradas formas peregrinaban sin embargo por el mundo, siendo de todos instintivamente acatadas y recibidas, bien que de nadie maduramente quilatadas: la lengua, informe embrion compuesto de múltiples elementos, si no se prestaba dócil á todas las modulaciones, si parecia negarse á producir la armonia, pocas veces se mostraba contraria á bosquejar las costumbres con vigoroso colorido, y no muchas era rebelde á la expresion enérgica del sentimiento. Fué el arte entonces lo que debió ser, para merecer ahora este nombre: reflejó en sus creaciones la sociedad cristiana con todos sus instintos; reprodujo las costumbres con la verdad y

¹ «La idea de cada época, escribe W. F. Hegel, encuentra siempre su forma más conveniente y adecuada, y á esta invencion es á lo que damos el nombre de formas particulares del arte» (*Curso de Esthética*, tomo II, Introduccion).

la fuerza que aquellos les comunicaban, y reveló las creencias con la pureza y el vigor que recibían del dogma. Así, cuando se han querido someter las primicias de este arte, tan libre en su idea como en su manifestación, á las leyes establecidas para juzgar el clásico; cuando se han condenado sus nativas bellezas á un ostracismo injusto, por no llenar todos los requisitos de la forma visible, se han perdido de vista lastimosamente sus condiciones de existencia, condiciones de tan buena ley como lo habían sido en Atenas y en Roma las del arte homérico. Ya olvidado por los críticos y poetas del siglo XVI, ya visto con desden por los del XVII, no es menos digno de consideración y exámen, ni menos original, rico é independiente.

Sin embargo, ningún arte se ha desarrollado con más varios elementos, bien que tampoco ha ostentado ninguno tanta unidad en su espíritu y en sus manifestaciones, ni se ha identificado más profundamente con el carácter de la nación que lo cultiva. Ni aun en los momentos en que se transforma, apartándose de sus primeras fuentes, pierde tan relevantes dotes; porque ni aun en aquellos instantes quebranta sus condiciones de vida, si bien aspira á ostentar generoso el fruto de sus nuevas especulaciones y conquistas. No era posible en España, durante la edad media, que la imitación del arte antiguo, aunque no apagados nunca sus vivos resplandores, se sobrepusiera al sentimiento nacional que daba aliento á la poesía popular, ni imprimiese tampoco un carácter decidido á la erudita, sacándola del ancho y profundo cauce de la civilización española: reinaba aquel noble y elevado sentimiento sobre todos los demás elementos con fuerza tan irresistible que impulsando la poesía á lo presente, no era dable en manera alguna que se sometiera esta absolutamente al genio de ningún arte extraño.

Reducido á sus propios recursos en los primeros días de su existencia, si bien aleccionado siempre por la Iglesia en la forma que dejamos repetidamente advertido, el arte español se funda en los dos grandes principios, en que descansaba la sociedad castellana. La lucha á muerte con el pueblo mahometano, lucha en que se exaltaban al par el sentimiento patriótico y el sentimiento religioso, erige en dogma la guerra: el cristianismo bendice las armas

de sus campeones, alienta en las batallas su heroísmo, y corona sus triunfos con el inmarcesible laurel de la eterna bienandanza. En esta edad primera del arte (ya lo hemos dicho y nos proponemos demostrarlo con la misma historia) el pueblo español rechaza instintivamente toda influencia extraña; y cuando apagados ya en parte los odios y rencores que profesaba al islamismo, comienza á ver sin desvío las artes y las letras arábicas, no por eso reniega de sus creencias, las cuales conserva con toda pureza, ni se despoja tampoco de sus costumbres, bien que admita en ellas sucesivas modificaciones.

El elemento arábico-oriental, que según hemos repetido ya, se ha pretendido ver en todas partes fuera de sazón y sin el debido criterio, no se refleja efectivamente en la poesía española hasta después de haberse transformado esta en erudita¹; y lejos de desnaturalizarla, como se ha supuesto, se somete por el contrario al irresistible imperio de las creencias, y llega á fundirse por completo con los demás elementos, que van caracterizando en vario y admirable conjunto la literatura patria. Igual fenómeno debían ofrecer á la contemplación de la crítica las diversas transformaciones de la poesía española, y lo ofrecieron realmente. Así, ya admita andando el tiempo alguna influencia indo-oriental, ya caballeresca, propiamente hablando, ya provenzal ó lemosina, siempre preponderan en ella sobre toda otra ley de vida el sentimiento religioso y el sentimiento patriótico, sin que jamás se

¹ M. Federico Schlegel se expresa en su *Historia de la literatura antigua y moderna* del siguiente modo, refiriéndose á este mismo punto: «Los árabes, dice, contribuyeron también á enriquecer la poesía española y á embellecerla; pero no cabe duda en que los antiguos poemas castellanos están enteramente puros de la influencia árabe ó de las inspiraciones orientales: al contrario, su estilo y su lenguaje son severos y uniformes, puros y sencillos. Puede decirse con tanta más seguridad que nada hay de árabe en la antigua poesía, cuanto que semejante influencia se manifiesta de un modo claro y visible en tiempos más cercanos, durante los cuales existió verdaderamente» (tomo II, cap. XI). Aunque la opinión de Schlegel es exacta, respecto de los primitivos poemas españoles, no lo es tanto respecto de la verdadera época en que se insinúa la influencia árabe en nuestra literatura, como en su lugar notaremos. Quede no obstante asentado aquí que la poesía castellana no refleja las inspiraciones orientales, hasta después de ser erudita.

debilite ni menos desaparezca aquel primer impulso del arte en medio de los vaivenes y borrascas de la política; vaivenes y borrascas que no pueden menos de reflejarse activa y poderosamente en las esferas literarias.

La poesía española florece pues con vitalidad propia, con brillantez y riqueza progresivas, desarrollando los copiosos y fecundos gérmenes, que llevaba en su seno desde la cuna, y admitiendo, como otros tantos presentes, los tributos que le ofrecen los demás pueblos que se acercan en vario sentido á la órbita de su acción, para exornar su magnífico manto. En vez de recibir leyes, como arte del todo derivado ó vencido, aspiró á imponer é impuso su yugo á los demás elementos, de que se iba apoderando, si bien sucesivamente acaudalada en el trascurso de los siglos, llegaba al cabo, por ostentar las galas traídas de otro suelo, á hacerse en cierto modo tributaria, trocando sus nativos ornatos por las vistosas preesas del arte toscano-latino. Hasta admitir del todo esta influencia, hecho no realizado en un solo día, según veremos al estudiar el múltiple desarrollo de las letras durante el siglo XV y principios del XVI, no solamente nos parece repugnante la pretensión, nunca por completo justificada, de aplicar á la poesía castellana los cánones del arte clásico, error común entre los críticos formalistas, sino que la juzgamos de todo punto absurda. Las reglas y preceptos de Aristóteles y de Horacio, como deducidos de un arte hijo de otras civilizaciones, que tenían por base diversos principios políticos y religiosos, no son en manera alguna aplicables á la primitiva poesía española, que representa, como ya dejamos indicado, la nacionalidad del sentimiento y de las creencias de nuestros mayores.

Sin tener en cuenta las condiciones biológicas de esta peregrina literatura, sin apreciar filosóficamente sus relaciones con los demás elementos de cultura que sucesivamente la rodean, sólo se logrará caer en lamentables errores, obteniéndose por resultado de penosos estudios insignificantes observaciones más ó menos eruditas, si bien siempre estériles para la verdadera historia del espíritu humano, que es en suma la historia de las letras. Colocada la crítica en este terreno, forzoso es repetirlo, no basta ya contentarse con meras investigaciones, ora relativas á la forma

poética, ora á los adelantamientos del lenguaje: necesario es profundizar más en estas tareas, elevándose á otras regiones, para apoderarse del espíritu de los tiempos y descubrir en esas venerables reliquias, que como los monumentos de las artes, han llegado hasta nosotros adulteradas por la mano de los siglos, la manera de ser y de pensar de aquellos varones que echaron los cimientos á la gran nacionalidad española.

Y tan hondamente se aparta el arte español, si es lícito llamarlo así, del arte clásico respecto de las ideas que le animan, como de la expresión que le representa. La mitología es solamente la religión del arte: sus dioses fueron inventados por los poetas, á cuyos acordes acentos se congregaban las familias, se levantaban las ciudades y se constituían las repúblicas. Pero Dios, según el dogma cristiano, existe en lo increado: á su voz se desenvuelve el caos, brota la luz, apartándose de las tinieblas, y brillan los astros en el espacio, trazando el curso de los tiempos. Al soplo vivificador de sus labios alienta el hombre, en cuyas sienes coloca la corona de la creación, sujetando á su imperio todos los seres. La idea de Dios es entre los cristianos la idea del Ser Supremo, libre y absoluto: los dioses de Hesiodo y de Homero ¹, á pesar del idealismo de que el arte procura revestirlos, no dejan de ser emanaciones y destellos de la naturaleza. En el politeísmo, todos los atributos de la divinidad se hallan esparcidos entre multitud de dioses, cuya recíproca independencia constituye otras tantas individualidades, quebrantando la unidad del sistema teogónico: la religión cristiana revela la existencia de un Dios omnipotente, sabio é infinito, fuente inagotable de salud y de gracia, de cuyas manos penden el primero y el último eslabón de la inmensa cadena de los siglos. En la religión cristiana no se transforma Dios, como el Júpiter de la teogonía griega, ni en toro para robar á Europa, ni en cisne para sorprender á Leda, ni en lluvia de oro para penetrar en el encierro de Danae ². Desciende al mundo, tomando la carne de su hechura y sin perder su esencia divina, para dar á los hombres el más sublime testimonio de

¹ Herodoto, lib. II, núm. LIII.

² Tertuliano, *Apologeticus adversus gentes*, cap. IX, etc.

su amor infinito, para escribir con los raudales de su purísima sangre su nuevo pacto con el espíritu rebelde de las generaciones, á quienes restituye la libertad, rompiendo el yugo de la servidumbre que las oprimía. La religion cristiana no admite por dogma, como la teogonia griega, el *fatalismo*, ley que gravitaba al par sobre los dioses y los hombres, y que devoraba sordamente las entrañas de los últimos: sobre esta palabra terrible y desconsoladora grabó el cristianismo las de *providencia y libre albedrío*, elevando el espíritu humano á las altas regiones, de donde le había lanzado su soberbia, y revelándole de nuevo su origen divino. La doctrina predicada por el Hijo de Dios, que es igual al Padre, trajo consigo la destruccion de la esclavitud y de la mentira.

Todo se aparta, por tanto, en el cristianismo de la mitología gentilica, no siendo en manera alguna posible que dos artes basados en tan distintos principios, pudieran tener ni en su expresion, ni en su forma interna grandes puntos de afinidad y semejanza, por decisivo é irresistible que fuera el prestigio de la tradicion respecto de las formas exteriores. El arte que nace de la religion cristiana, ha dicho un filósofo moderno, «en vez de la pluralidad »plástica, no reconoce más que un solo Dios, un solo espíritu, un »ser absoluto que no emana más que de sí mismo. En la conciencia de su naturaleza y de su voluntad suprema, nada tiene »Dios de comun con aquellos personajes individuales (los del gentilismo), cada uno de los cuales aparecía con su carácter propio, »y desempeñaba un ministerio distinto, formando una gerarquía, »cuyas relaciones eran dominadas por el poder de una ciega necesidad»¹, por el destino.

Pero si tan grande es la distancia que existe entre los principios de la mitología y los fundamentos del cristianismo, imprimiendo diversas condiciones al arte que produce el último, condiciones á que debía someterse naturalmente la poesía española, no es menos notable, por cierto, la disparidad de las creencias, los sentimientos y las costumbres que se revelan en el arte clásico, y los que

¹ Véase el capítulo III de la seccion II.^a del segundo tomo del *Curso de Esthética* de W. F. Hegel.

animan las producciones de nuestra literatura. Los héroes españoles no pueden sentir, pensar, ni obrar como los héroes griegos y romanos. Ni se hallan amarrados á la feroz coyunda de un hado implacable, ni necesitan, para sobreponerse á los demás hombres, trocar su naturaleza, convirtiéndose en semidioses, ni han menester tampoco ser invulnerables, para atar á sus estandartes la victoria. Los héroes españoles son esencialmente cristianos. Salidos de la humanidad, hijos de otros hombres, se hallan sujetos á todas las condiciones de la naturaleza: frágiles, como el barro que los viste, se elevan á más altas y felices regiones en alas de la fé que ilumina su alma, purificándose, no por medio de abluciones, ni de otros actos externos, cuya virtud sea fruto de poderes extraños, sino por medio de la oracion y del éxtasis, que los levanta al mundo de los espíritus. Lloran sus infortunios; pero sobrellevan su quebranto con resignacion sublime, sin que asome á sus labios el acento de la desesperacion ni de la saña; sin que provoquen, ni desafien la ira del cielo, como los héroes y semidioses del gentilismo. Pelean, sin tregua ni descanso, no para satisfacer un sentimiento de mundanal venganza, de sensualidad ó de orgullo; no para someter á dura servidumbre naciones libres que gozaban antes de pacífica y entera independencía; sino para rescatar la libertad perdida; para derrocar al opresor extranjero que sujeta con vergonzoso yugo el cuello de la patria, y que profana sus altares, sus sacerdotes, y sus vírgenes; para restituir á Dios, con el culto de sus corazones, la tierra regada con la sangre de sus mártires.

Estas creencias que tienen por fundamento, como dejamos ya expresado, el doble dogma político-religioso del pueblo español, no podían menos de engendrar sentimientos enérgicos y vigorosos, bien que no menos tiernos y apacibles. Una de las cualidades, que más resaltan en el carácter de los héroes castellanos, es en efecto la ternura; porque, entre el estruendo y el sobresalto de las luchas y de las batallas se despertaban en sus pechos los más dulces afectos, menesterosos de otros seres en quienes depositar el amor, la lealtad y la fé que rebotaban en sus corazones. Los héroes de la Cruz, unidos por el sublime vínculo de la religion, cuyo lazo se estrechaba á vista del peligro, no solamente amaron

á sus mujeres con respetuoso ardor y ajenos de falaz galantería, sino que desde los primeros albores de la restauración sintieron desarrollarse en su alma, tal vez con mayor fuerza, el fuego santo de la amistad; constituyendo este sentimiento uno de los rasgos más característicos del caballerismo español, tan diverso del caballerismo de las demás naciones. Á estos sentimientos apacibles, tan propios de los pueblos belicosos, donde brillan á menudo los caracteres heroicos, presidian en los caudillos españoles el de la independencia y el valor individual, produciendo naturalmente el conocimiento de la importancia que alcanzaban en el Estado, y el de las proezas y sacrificios que tenía este derecho á exigir de su bravura. Así el *amor*, la *lealtad* y el *honor* llegan á ser entre los castellanos las prendas de más alto precio, formando el triple dogma patriótico y sirviendo de base á las costumbres, al fundirse en los dos grandes principios, que eran la piedra angular del edificio político y religioso.

Las costumbres, que necesariamente habrían de engendrar estas creencias y estos sentimientos, no podían tener en manera alguna puntos de contacto con las de Atenas y de Roma. El pueblo español, sometido en su vida doméstica á un gran principio religioso, y subordinado en la pública á una ley imperiosa y á un deber supremo, no vivía en las plazas, como el pueblo griego, ni deliberaba al aire libre en los comicios, como el romano. Mientras en Atenas y en Esparta era el más alto objeto de la civilización la vida del Estado, el interés de la patria, las costumbres republicanas y el patriotismo ardiente de los ciudadanos; mientras en Roma dominaban el espíritu público la turbulencia de las costumbres, el menosprecio de los afectos domésticos y el sacrificio de la individualidad ante el interés general del Estado¹,—eran en España el recogimiento, la abstracción moral y la práctica de todas las virtudes cristianas el alma de la vida doméstica; constituyendo respecto de la pública el único lema, la única necesidad del pueblo ibero, la defensa de la patria restaurada y la salvación de la patria oprimida por los mahometanos. Los héroes castellanos, que congregados en el templo en nombre de tan caros objetos,

1. *Curso de Esthética* de W. F. Hegel, tomo II, sección II.^a, cap. III.

y asociados sinceramente al sacerdocio, alientan y sostienen con su espada y su consejo las bélicas empresas de los reyes, defendiendo al par sus inmunidades, compradas con sangre en mitad de las lides, pertenecían ante todo á la familia; y si durante el peligro de la patria, era la defensa de esta su único pensamiento y la única ley de su existencia, cuando libre ya el Estado del enemigo natural, volvían á sus hogares, entonces el esposo y el padre cristiano se consagraban al cuidado y educación interna de sus hijos, confiando á la autoridad de los monarcas la custodia de sus fueros y la guarda de las leyes, con la administración de los intereses públicos.

De esta diversidad de costumbres debía nacer necesariamente una diferencia colosal en la manifestación artística, diferencia que hallamos consignada en las ruinas y despedazados monumentos de aquellos dos pueblos que se alzaron sucesivamente con el imperio del mundo. La vida de los antiguos era toda exterior, y dirigiéndose las artes á satisfacer esta necesidad pública, aparecían donde quiera suntuosas y magníficas fábricas que realizaban sus sueños de saber y de gloria; pero al mismo tiempo que así daban en público muestra de suntuosidad y de grandeza, eran en sus moradas, generalmente hablando, mezquinos y más descuidados de lo que á su esplendor convenía, á pesar de vivir en medio de un gran movimiento artístico¹. La vida del pueblo español, más recogida y doméstica, necesitaba por el contrario de otros medios de satisfacción: concediéndolo todo á la familia, se buscaron con esmero los caminos de la comodidad y del deleite

1. Esta es la enseñanza que nos ministra la arqueología. En los descubrimientos que no há muchos años se hicieron en Itálica, objeto á que dedicamos un día nuestra atención y consagra hoy nuestro querido hermano, don Demetrio de los Ríos, largas y útiles tareas, hemos tenido ocasión de confirmar estas observaciones, que habíamos ya hecho, al examinar los monumentos de Pompeya y de Herculano, publicados por la munificencia de Carlos III. Los trabajos de Julio Gailhabaud, relativos á estas dos poblaciones é insertos en la grande colección de los *Monumentos antiguos y modernos*, son una prueba más de la exactitud de estas observaciones, que amplía Mr. G. Ozanam en su *Cuadro de las instituciones políticas, sociales y religiosas de la república romana*.

interior, empleándose la arquitectura y las demás artes en el logro de aquella idea, que andando los tiempos, hallaba también estímulo en el ejemplo de los árabes. Los palacios y alcázares, exornados de suntuosos patios, galerías y jardines, donde gozaban los caudillos castellanos las caricias de sus esposas y de sus hijos, y donde jamás penetraba el bullicio del mundo, reemplazaban en España, durante los siglos medios, á los pórticos, termas y plazas de Atenas y de Roma, como testimonio inequívoco del recogimiento, de la quietud y de la mansedumbre que presidían á las costumbres domésticas de nuestros abuelos ¹.

Si pues ni la religión ni la política se fundaron entre los antiguos sobre los mismos principios que entre nuestros españoles; si las creencias, los sentimientos y las costumbres de estos difieren tanto de las de aquellos, ¿por qué empeñarnos en sujetar el arte de los unos á las leyes establecidas, ó mejor dicho, deducidas del

¹ Nuestros estudios arqueológicos sobre Asturias, Ávila, Burgos, Segovia, Guadalajara, Toledo y otras antiguas ciudades de España nos han manifestado la exactitud de estas observaciones. Ya se examinen las venerables moradas de nuestros abuelos en las comarcas, donde apenas fijó su planta el Islamismo, ya en las que sufrieron su yugo por más ó menos tiempo, es curioso y de suma importancia para el conocimiento de las costumbres, el encontrar en todas partes el sello de aquella vida esencialmente doméstica, con la distribución dada á las casas y palacios, que por fortuna han llegado á nuestros días, bien que con lastimosas alteraciones. Verdad es que semejante recogimiento, especialmente por lo que atañe al bello sexo, pudo aumentarse con el ejemplo de los árabes, tan celosos de sus mujeres. Pero si bien no sería lícito negarles cierta influencia en las costumbres de Castilla desde la existencia de los vasallos mudéjares, tampoco sería prudente, como queda ya probado, el concedérsela en los primeros siglos de la reconquista. La vida interior del pueblo cristiano descansaba principalmente en la creencia: apenas se hallará, por tanto, un castillo, un palacio, una casa de la edad media que carezca de *capilla* ú *oratorio*, donde pudiera satisfacerse esta gran necesidad del espíritu. Mas si estos hábitos, para los cuales no bastaba el culto público, exigían de las artes semejante tributo, no les debían menores cuidados las demás costumbres domésticas, según nos enseña la ingeniosa distribución de estos preciosos y desdeñados monumentos, que comparados con los de igual género descubiertos en Herculano, Pompeya, Itálica y otras ciudades del antiguo mundo, muestran la inmensa distancia que existe entre ambas civilizaciones, por más que sea la segunda, en todo lo formal, legítima heredera de la del mundo antiguo.

arte de los otros? ¿Por qué afanarse en exigir que la poesía española nazca, se exprese y desarrolle de la misma manera que la griega ó la latina, cuando precisamente en la diferencia de sus manifestaciones debe encontrar la crítica la razón de su originalidad y de su independencia? En efecto; si el arte clásico fué grande y magnífico, si llegó al más alto punto de perfección posible, debido fué esto única y exclusivamente á la fidelidad con que reflejó las creencias y costumbres del pueblo que le dió vida, y á la perfecta adecuación que en él existió entre la idea y la forma que lo revestía. Porque siendo esencialmente pública la vida de los antiguos, exterior debió ser también en cierta manera su poesía, viendo por tanto con entera predilección las formas, que como en los monumentos de la estatuaría y de la arquitectura, adquirieron todo el lustre y belleza, de que eran en tal sentido susceptibles.

El arte español ni podía ni debía tampoco dar á la forma exterior semejante preferencia: por una parte encontraba poderoso obstáculo en la lengua no formada aun, instrumento que como hemos manifestado arriba, no siempre respondía á todas las pulsaciones; por otra (y esta observación es más importante) la quietud y el recogimiento de las costumbres elevaban con frecuencia el espíritu á las regiones de la abstracción religiosa, no siendo posible que el arte hallara fácilmente la expresión de la idea de lo absoluto y de lo infinito con medios finitos y particulares. Sin embargo, aun bajo estas condiciones logra la poesía castellana encontrar no pocas veces la verdadera fórmula de la idea que la anima, constituyendo esta expresión especial su verdadera originalidad poética; observación que nos lleva, como de la mano, al exámen de los primeros monumentos escritos de nuestra literatura.

Dos eran, como queda asentado, los principales sentimientos que habían dominado en las obras del ingenio español desde el instante en que la derrota de Guadalete borró del mapa europeo el imperio visigodo; y estos dos sentimientos que brillan y se reflejan al par en los informes y descarnados ensayos de la historia y en los rudos cantos de la poesía, cuando historia y poesía tienen por único instrumento la ya agonizante lengua latina, brillan también y se reflejan tal vez con mayor fuerza en los espontáneos